

impotencia, caminando visiblemente el imperio á su inminente ruina. « En adelante, decia Libanio con amargura, en lugar de » los dioses inmortales, se honran los que son causa de nues- » tras desgracias. » Los cristianos replicaban que la miseria y vergüenza de los tiempos presentes eran fruto necesario de la simiente derramada por el politeísmo en las pasadas edades; que los descendientes cristianos expiaban las faltas de sus ascendientes paganos: mostraban que la caída y disolución del imperio eran ya visibles cuando el culto de los dioses estaba en su mayor apogeo. « Y en el fondo, exclamaba san Agustín, » ¿qué es lo que sienten los que intentan hacernos cargar con » el peso de un imperio que se está inevitablemente desmoronando? Sienten el brillo exterior, la riqueza, la seguridad de » sus goces, la arbitrariedad con que los ricos y poderosos podían satisfacer sus pasiones. Quisieran volver á un estado en » que reinaban sin freno la licencia, el desorden, la corrupción. » Ahora bien, les pena cabalmente lo que ha producido dentro » la ruina y disolución del imperio romano, y fuera su decadencia. » A pesar de las recriminaciones del pueblo y de los retóricos, á pesar del crédito extraordinario de que gozaban los sofistas de Atenas y de Alejandría en el siglo cuarto, á pesar del ensayo de resucitar el paganismo intentado por Juliano el Apóstata, no cesaba la idolatría de ir cayendo en el espíritu público, y el paganismo se iba desmoronando hasta que su último vestigio desapareciese con la sociedad vieja desplomada por el martillo de los Bárbaros.

4. Después de la conversión de Constantino Magno, la religión cristiana se mostraba sin temor, y ganaba en ser conocida. La grandeza de sus promesas, lo grave y hermoso de sus leyes, la pureza de su moral, la magnificencia de sus ceremonias y fiestas atrajeron en poco tiempo todos los corazones. Los pueblos, admirados y confusos por los extravíos espantosos á que les había arrastrado la superstición, se apresuraban á tributar homenaje á la verdadera religión, y se convertían en masas considerables: ciudades enteras echaban por tierra espontáneamente sus templos y levantaban iglesias. En este universal

movimiento que cristianizaba al mundo, se hallaban sin duda ninguna envueltas gran número de almas débiles y tímidas, á quienes el ejemplo general y la protección oficial otorgada al cristianismo, y algunos otros motivos extrínsecos, mas bien que una sólida convicción, mas bien que la acción de la gracia, atraían al seno de la Iglesia. San Agustín, san Jerónimo y Salviano, entre otros, señalan en sus escritos la relajación que había introducido á principios del quinto siglo esta invasión, en la sociedad cristiana, de tantos neófitos que estaban aun impregnados de los hábitos y costumbres paganas: por manera que la fe encontraba un nuevo peligro en su mismo triunfo. Se diría que la Iglesia toma fuerzas con las borrascas y tempestades desencadenadas contra ella. El cuarto y quinto siglo, no porque estuviesen exentos de persecuciones generales, carecieron de aquellas pruebas que acrisolan los ánimos, excitan el valor y hacen resaltar los grandes caracteres. En el Occidente, el cisma de los Donatistas; las herejías pelagiana y semi-pelagiana, las persecuciones locales de los Vándalos en el África y de los Visigodos en el mediodía de las Galias; en el Oriente, las herejías de Arrio, Nestorio y Eutiques, agitaron tanto á la Iglesia é hicieron casi tantas víctimas como la persecución mas cruel. Mas, paralelamente á esta pululación y repululación de errores, ¡qué fecundidad entre los doctores católicos llamados á combatirlos! El humano ingenio pareció irse legando en estos dos siglos como una herencia, y perpetuarse en la Iglesia en los ilustres nombres de los Ambrosios, Jerónimos, Agustinos, Leones, Atanasios, Basilio, Gregorios y Crisóstomos. Estos nombres, de los cuales uno solo bastara á inmortalizar una época, no eran los solos que se encontraban á la vez en los fértiles campos del cuarto y quinto siglo: hemos inscrito á su tiempo los de san Efrén, Epifanio de Salamina, Epifanio de Pavia, Cirilo, Gregorio Niseno, Hilario, Optato, Lupo, Sidonio Apolinar y tantos otros doctores del Oriente y Occidente, siempre en brecha por la defensa de la fe y unidad católica. La reunión de tantas luces derramaba tanto fulgor en los concilios celebrados en esta época, que los han hecho inmortales. Por

la conversion de Constantino todos los caminos del imperio se habian allanado para los obispos cristianos. Que Arrio, que Macedonio, que Nestorio ó Eutiques ataquen uno de los dogmas fundamentales de nuestra fe, y veránse inmediatamente las grandes asambleas de Nicea, de Constantinopla, de Éfeso y Calcedonia, presididas por el papa é inspiradas por el Espíritu Santo, aherrojar el cisma y la herejía. Una escuela teológica, siempre al acecho y siempre buscando argumentos en la historia para debilitar la autoridad de la Santa Sede en provecho de opiniones locales, ha pretendido encontrar hechos favorables á su causa en algunos acontecimientos particulares del cuarto y quinto siglo. Estos hechos se explican por sí mismos, y prueban mas que nada la indefectibilidad, la infalibilidad dogmática y la superioridad sobre toda otra autoridad, del papa, de la cátedra de Pedro.

5. El desarrollo de las instituciones monásticas fué consiguiente al progreso general de la Iglesia. Se distinguian desde luego tres especies de monjes: los *Cenobitas*, que vivian en comun bajo un superior; los *Anacoretas*, que vivian solos en el desierto; y los *Sabaraitas*, que habitaban dos ó tres en celdas. Estos últimos no tardaron en desaparecer. Casiano nos ha dejado el cuadro tan edificante de los solitarios de su tiempo: su única ocupacion era el trabajo de manos y la oracion; su alimento ordinario pan y agua; su lecho una estera grosera, y su cabecera un haz de hojas secas. En Egipto comenzó la vida monástica, como hemos dicho en su lugar, y de allí se extendió á la Siria, Ponto y Asia menor y pasó al Occidente. Las Galias tuvieron sus monasterios célebres; hemos hablado de los de Lerins y Tours. [La España los tuvo tambien en la provincia de Tarragona y de Braga en la Lusitania.] San Agustin dió su nombre á célebres reglas monásticas, destinadas á servir de código de santidad á una muchedumbre de generaciones monacales. La mayor parte de los monjes eran legos: pues leemos en Casiano que los del monasterio de San Pacomio recurrían á los sacerdotes de las poblaciones inmediatas para celebrar en sus oratorios los oficios sagrados. Y en efecto la

vida monástica les inhibia las funciones sacerdotales. El trabajo manual á que estaban dedicados asiduamente, les suministraba no solamente su alimento, aunque muy pobre y frugal, sino medios de hacer copiosas limosnas y donativos. Los monjes de Arsinoe enviaban para los indigentes de Alejandría embarcaciones cargadas de trigo que su paciente laboreo hacia sacar del abrasado suelo del desierto. El mismo testimonio nos da san Agustin de los monjes del África. Sin embargo los obispos sacaban á veces de su soledad á los monjes para incorporarlos en el clero de sus iglesias; mas desde aquel momento se hacian seculares, así como los que eran promovidos al obispado. San Atanasio en su carta á Draconcio, escrita hácia el año 353, cuenta hasta siete monjes que habian sido ordenados obispos. El número de los solitarios se aumentó tanto desde el fin de este siglo, que en la sola poblacion de Oxirinca, en la baja Tebáida, se contaban diez mil monjes y veinte mil vírgenes consagradas.

6. El gobierno de la Iglesia se desarrollaba libremente sobre las bases fundamentales que ya hemos visto establecidas al fin del último siglo. La autoridad de la Santa Sede avocaba á sí las grandes causas promovidas en toda la extension del mundo cristiano. Los legados apostólicos enviados á los diversos reinos eran como la radiacion del poder central de Roma. Las cuestiones de jurisdiccion para los patriarcados, decididas en el concilio de Nicea, ponian freno á pretensiones ambiciosas. Ya hemos visto como los esfuerzos de los obispos de Constantinopla para elevar su silla sobre las de todas las del Oriente, se estrellaban, á pesar del favor y decidido empeño de los emperadores griegos, contra la firme y constante resistencia de los soberanos Pontífices. La disciplina se mantenía igualmente con sabio y prudente rigor. El grande ejemplo de Teodosio el Grande, humildemente postrado en el pavimento de la catedral de Milan, á los piés de san Ambrosio, habia ilustrado en cierto modo la penitencia pública. Aunque las costumbres de las diversas iglesias estuviesen regladas en cuanto á las prescripciones principales, se halla empero desde esta época [y mucho

mas en la anterior] cierta variedad en las observancias particulares. Así es que san Agustín nos hace saber que el ayuno del sábado que se observaba en diversos lugares, no tenía en todas partes el mismo carácter obligatorio. En ciertos lugares se celebraba la misa todos los días; en otros solamente el sábado y domingo: los fieles comulgaban en algunas partes todos los días, en otras una vez á la semana. San Agustín añade que hay libertad en conformarse con estas diversas prácticas, y que la mejor regla en semejante caso es seguir la tradición de la iglesia en donde nos hallemos. Se ve que estas divergencias no recaían sino sobre puntos particulares y facultativos de disciplina y de culto. La gran ley de la unidad en las cuestiones mas graves quedaba incontrastable. En un tiempo en que la sociedad política, conmovida y vacilante por la invasión de los Bárbaros, no ofrecía per do quiera sino licencia, arbitrariedad y desórden, la unidad de gobierno, aun cuando no hubiera sido ley fundamental y divina de la Iglesia, tenía que ser una imperiosa necesidad: y no será esta la última vez que la veremos conservar, en medio de las convulsiones del mundo, el principio de auteridad que sobrevive á las borrascas y cataclismos, reparando todas sus ruinas.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

TABLA DEL TOMO PRIMERO.

PRÓLOGOS Y APROBACIONES	I
CAPÍTULO PRIMERO.	4
1. Enlace del cristianismo con lo pasado. — 2. Plenitud de los tiempos. Estado religioso y moral del mundo al advenimiento de Nuestro Señor Jesucristo. — 3. Los primeros treinta años de la vida de Nuestro Señor Jesucristo. — 4. Vida pública de Jesucristo, nuestro Señor. — 5. Doctrina del Salvador; institucion de los sacramentos. — 6. Fundacion de la Iglesia. — 7. Pasion y muerte de Nuestro Señor Jesucristo en la cruz. — 8. Ascension de Cristo, nuestro Señor.	
CAPÍTULO II. — § 1. Pontificado de san Pedro (33-29 junio de 67).	50
1. Pentecostés. — 2. Vida de los primeros cristianos. — 3. Eleccion de siete diáconos. — 4. Conversion de san Pablo. — 5. Vocacion de las Gentes. — 6. Persecucion de Herodes Agripa. Dispersion de los Apóstoles. — 7. Primera mision de san Pablo. — 8. Concilio de Jerusalem. — 9. Segunda mision de san Pablo. — 10. Tercera mision de san Pablo. — 11. Cuarta mision de san Pablo. — 12. Primera persecucion general bajo Neron. Martirio de san Pedro y de san Pablo.	
§ 2. Pontificado de san Lino (67-78).	72
13. Ruina de Jerusalem por Tito. — 14. Muerte de san Lino.	
§ 3. Pontificado de san Cleto ó Anacleto (78-91).	75
15. Identidad de san Cleto ó Anacleto. — 16. Extension del cristianismo en las Galias y en la Germania.	
§ 4. Pontificado de san Clemente I (91-100).	77
17. Carta de san Clemente I á los Corintios. — 18. Herejías del primer siglo. — 19. Segunda persecucion general bajo Domiciano.	
CAPÍTULO III	82
1. Importancia del estudio del primer siglo. — 2. Doctrina y enseñanza de la Iglesia. Carácter de autoridad. — 3. Carácter de sencillez. — 4. Milagros; con-	